

PUNTOS DE SUSCRICION.

Administracion, Redaccion é Imprenta de EL CUARTEL REAL, calle de la Rondilla, número 8, Tolosa.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En las provincias Vascaas, 16 rs. tres meses; 30 semestre y 50 un año.



BIBLIOTECA MUNICIPAL MADRID

EL CUARTEL REAL.

SECCION OFICIAL.

S. M. el Rey nuestro señor (Q. D. G.) continúa sin novedad al frente de su leal y valeroso ejército.

SECCION NO OFICIAL.

LA SEPULTURA DE LODO.

Hay días de hablar y días de callar. El silencio suele ser á veces abnegacion y patriotismo; pero otras pudiere juzgarse cobardía.

En Madrid y en el extranjero se ha hablado mucho de la actitud de un hombre que en los últimos años de su vida ha demostrado, como ciertas aves, horror profundo á la luz, guardando su personalidad política á la sombra de lo indeterminado.

A pesar del ruido que en el mundo hacian los comentaristas de esa actitud indefinida, nosotros llamamos. Cuando desde elevadas regiones descendian hasta nuestras humildes columnas algunas palabras de legitima defensa ó de admirable prevision, nosotros las insertabamos; pero nada mas hemos dicho ni otra cosa hemos hecho, en lo tocante al Sr. D. Ramon Cabrera, que es la persona de quien se trata.

Este silencio, que ha sido hasta hoy, de nuestra parte, el colmo de la prudencia y la expresion elocuente del patriotismo, no puede ya continuar. Hoy, lo que fué el colmo de la prudencia, seria el colmo de la cobardía; lo que fué expresion del patriotismo, seria una complicidad infame de la mas infame traicion.

De todas partes nos llegan cartas, algunas de las cuales insertamos en el lugar correspondiente, manifestando la indignacion y el desprecio que en el honrado pueblo carlista ha producido el descubrimiento de la conspiracion de Cabrera contra la santa causa de la Patria y de la Legitimidad.

Los mas antiguos y entusiastas partidarios de aquel hombre, que fué un idolo, no saben como demostrar su espanto y su escándalo ante tan inverosímil iniquidad, y gritan, vueltos de su pasado error y ávidos de demostrar ante todo su acendrado carlismo: «¡Es peor que Maroto! ¡Es peor que Maroto!» Este grito está resonando en estos valles de la lealtad, y de mañana en mañana lo repiten los ecos, como la voz de alerta que lanza el patriotismo vigilante.

Hoy todos ven claro. ¡El idolo, el milagro idolo, es un pedazo de leño! ¡El temible gigante es un molino de viento! El grande hombre es un hombre al mar, que desaparece en medio de las olas, mientras el buque, sin detener un punto su marcha, sigue su derrotero empujado por los vientos de la prosperidad y de la fortuna.

II.

Una naturaleza agreste, nacida para la guerra; resido quizá de la antigua raza celtibera; una especie de Viriato, movido de grandes pasiones, capaz de bañarse en sangre y de beber al propio tiempo con insaciable sed la copa de todos los placeres sensuales; un almogávar salvaje e independiente como las águilas de las montañas, pero, como las águilas, sin la facultad reflexiva de su propio mérito: tal fué aquel celebre guerrillero de Tortosa, que abandonó la sctana del estudiante para convertirse pronto en el mas audaz, mas afortunado, mas heroico y mas discolorado de todos los generales carlistas.

Cuando el tiempo y la muerte hayan calmado el ardor y las parcialidades, la historia no podrá menos de señalar las negras sombras que oscurecen la vivida luz del heroismo y del genio militar del D. Ramon Cabrera, de otros tiempos; pero cuando la historia consigne que aquel D. Ramon Cabrera, aquella naturaleza agreste, aquel Viriato turbulento, aquel almogávar cuyo lenguaje era un rugido, hubo de convertirse en sus postreros años en caballero inglés dado á las altas concepciones políticas y en humilde discípulo de la pacífica y bizantina «Época», las generaciones futuras lanzarán una solemne carcajada, y no podrán menos de convenir en la verdad de aquella conocida sentencia: «Los tontos dicen las tonterías; pero los grandes hombres las hacen.»

Es imposible perder de una manera mas absoluta que lo ha hecho D. Ramon Cabrera, el conocimiento de su propio valer y de sus verdaderas facultades. ¿Qué seria el Cid despojado de su armadura y haciendo astillas su formidable espada, para vestir el frac y el guante blanco, y con un número de «La Época» en la mano izquierda y una pluma de oro en la derecha, escribir, bajo el soplo inspirador de un Homedes, lo planes de una conspiracion contra su Rey, ni mas ni menos que pudiera hacerlo cualquiera de esos condottieri que visten el uniforme del ejército liberal? Pues esa situación cómica, ese contraste ridiculo que está pidiendo á gritos el acompañamiento de la música de Offenbach, es lo que ha creado para su propia persona la actitud de Cabrera. De suerte que se ha unido á lo infame de su fin lo ridiculo de sus medios.

El papel de traidor y el de gracioso, se han confundido esta vez en un mismo personaje, para que la justicia humana tropiece en esta singular y no vista duda: ¿Ahorcaré al traidor ó me reiré del gracioso?

¡Ah, qué poco vale la grandeza de los hombres! ¡Qué cosa mas vana es la celebridad que no se funda en la virtud! Cread reputaciones, levantad ídolos, erigid altares... y un día, el idolo, reputado y santificado, se burla de vuestra adoracion, desciende del altar y tiene el inesplicable placer de degradarse á sí mismo.

Hemos leído en alguna parte que durante las grandes fiestas de la corte de Napoleon I, en medio de aquella magnificencia de luces, esplendores, galas, riquezas y hermosuras, el príncipe imperial, á quien titulaban el rey de Roma, hallábase triste y fastidiado, mirando á través de los cristales de un balcón, cómo unos niños jugaban revolcándose por el lodo de la calle. Ace cóse el gran Napoleon á su hijo y le preguntó la causa de su tristeza: «¿No gozais, le dijo, en medio de estas brillantes grandezas de la corte de Francia? ¿Qué teneis hijo mio? ¿Qué deseais? ¡Ah, padre! contestó el príncipe: «quien pudiera como aquellos niños, revolcarse en el lodo!»

D. Ramon Cabrera gozaba de un pasado glorioso, aunque no exento de manchas: tenia delante de sí un porvenir mil veces mas glorioso todavia, sin manchas y sin nubes. Jamás la fortuna y la ocasion se habian presentado á un hombre tan propicias!... Pues D. Ramon Cabrera vió á través de los cristales de su gloria pasada y de su gloria futura, cómo se revolcaban en el lodo los hombres de la revolucion española. Y cuando la noble, la católica, la vieja España de los Albas y Córdovas y Bazanes le ofrecia un mundo de esplendores, un cielo de grandezas, el almogávar tortosino, el que alquiló su fama y su corazon á una rica protestante inglesa, responde con el acento del hastío: «¡Ah! ¡Quien pudiera como esos revolcarse en el lodo!»

Y ¡cosa estupenda! lo dice, y después de decirlo, lo hace. ¡D. Ramon Cabrera ha concluido su vida política revolcándose en el lodo!

¿Se hubiera creído nunca que un hombre semejante eligiese semejante sepultura?

DOS CARTAS NOTABLES.

Con el mayor placer insertamos á continuacion la carta que el Rdo. Obispo de Urgel ha dirigido á S. M. y la notabilísima contestacion del augusto soberano.

Nuestros lectores de estas provincias, que han podido apreciar de cerca las virtudes y celo apostólico del sabio Prelado, que supo soportar sereno las fatigas y penitencias que trae consigo una campaña como la que aqui se sostiene, apreciarán tambien ahora, leyendo su escrito, la inquebrantable lealtad que tiene á su Rey, y el entusiasmo que le inspiran los triunfos de nuestro ejército.

De la carta de S. M. solo diremos que es digna de un soberano á quien, con razon, se le ha calificado de primer caballero y soldado cristiano de su pueblo.

«Señor: El manifiesto de V. M. á los españoles con motivo de la usurpacion del infante de España D. Alfonso de Borbon y Borbon, ha llenado de júbilo á todos los buenos españoles, y creo, de terror, á todos los malos.

Mi satisfaccion ha sido completa, y en él he visto confirmada mi profunda conviccion, que tengo manifestada á V. M., de que V. M. tiene la mision del Altísimo de matar á la revolucion y perseguir sus restos hasta Jerusalem. Bendito sea Dios, y á El sea la gloria y á V. M. millones de parabienes por ser el ministro privilegiado del Altísimo Dios de los ejércitos.

Creo que es en premio de tanta fé y magnanimidad, digna del que uno cree será llamado Carlos el Máximo, que Dios acaba de concederle por todas partes tantas y tan grandes victorias, por las que vamos á dar solemnes gracias á Dios despues de haberlas celebrado ya las músicas y las campanas.

Sñor: De nuevo le da mil parabienes el menor de sus Prelados y el mas fiel de sus vasallos.

Urgel 12 de Febrero de 1875.—A L. P. de V. M.— Señor.—José, Obispo de Urgel.»

Venerable señor, Obispo: He recibido la felicitacion que V. me dirige, fechada en Urgel el 12 del mes pasado, cuyas palabras agradezco con toda mi alma.

El manifiesto dado por Mi á los españoles con motivo de la elevacion de D. Alfonso al Trono de mis antepasados, no es una protesta, y si un aviso á mi querida patria, advirtiéndola los peligros que la rodean y las desventuras que la aguardan; porque D. Alfonso no es mas que la revolucion disfrazada con la púrpura de los Reyes, ni otra cosa que la impiedad cubierta con el manto de la fé cristiana, para mejor explotar los sentimientos católicos-monárquicos del pueblo español.

Creo como V., señor Obispo, que Dios me impulsa á matar la revolucion, que está dando á la Iglesia dias de terrible amargura, de ruina y de vergüenza á esta nacion lidaiga.

No me falta aliento para proseguir tan altos fines, y sóbrame fé para realizarlos.

Con el auxilio de Dios y el valor de mi ejército, mi

bandera, que es hoy terror de la revolucion, será en no lejano dia enseña de paz, bajo cuyos pliegues tendrán amparo la fé de mi pueblo, la libertad verdadera y la civilizacion cristiana.

Las repetidas y brillantes victorias que hemos alcanzado hasta ahora, me dan derecho á creer que Dios escucha las plegarias que le dirigimos, y espero que, convencidos de esta verdad los buenos españoles, seguirán pidiendo al Altísimo el triunfo completo de mi causa, que es la causa de todos los pueblos cristianos.

Que Dios le guarde, señor Obispo, y guarde tambien á su afectísimo,—CARLOS.—Real de Estella, 4 de Marzo de 1875.»

CORRESPONDENCIAS.

Estella 5 de Marzo.

Sr. Director de «El Cuartel Real».

Muy señor mio y amigo: Supongo á V. enterado de la cuestion Cabrera, tan secretamente llevada y tan á tiempo descubierta.

¡Qué horrible defeccion! ¡Cabrera en los últimos años de su vida y en el apogeo de la riqueza ser traidor á la bandera á que debía su nombre!

Este es un acto que solo puede explicarse el que conozca el carácter de Cabrera, discolorado como el que mas, y como ninguno soberbio.

¡Pero qué proyectos tan mavados y qué cándidos tambien eran los suyos!

Ser general en jefe de este ejército, y en un dia de descontento volverse contra su Rey, era el insensato proyecto de Cabrera, proyecto que no hubiera podido llevar á cabo, porque no hay un solo voluntario carlista que se atreva á hacer armas contra el Rey, amado por todos hasta el delirio, y de igual manera amado por todo el pueblo.

Los batallones carlistas habrian podido ser engañados, pero apartarlos de su Rey no lo hubiera conseguido Cabrera, ni le conseguirá nadie en ningun tiempo.

Para este cándido objeto habia Cabrera recibido dinero é instrucciones del Gobierno de Madrid, comprometiéndose á proclamar á D. Alfonso en la primera ocasion propicia que se le presentase.

Los años sin duda han debilitado el entendimiento de Cabrera, y su soberbia le hace creer que puede llevar á cabo aun los proyectos mas absurdos.

¿A dónde irá Cabrera á ocultar su deshonra, y quien que de honrado se precie querrá estrecharle la mano?

No puede estar con D. Carlos porque es traidor á su causa; no puede estar con D. Alfonso, porque de nada le sirve no habiendo realizado su traicion.

¡De dichado viejo, de quien únicamente, acaso, tiene compasion el mi-mo á quien ha faltado!

Yo he oido á persona que merece crédito, que el Rey está profundamente impresionado por la defeccion de Cabrera, pues aunque sabia cuál habia sido su proceder, y lo que de él podia esperarse, jamás se habia imaginado que llegara á pactar con el enemigo la muerte del partido carlista y la de la patria por consiguiente, y he oido tambien á esa misma persona que el Rey exclamó cuando tuvo noticia de la traicion de Cabrera:

«Siempre le he considerado como el primer soldado del ejército de mi abuelo, y á sido poco agradecido á mis favores.

«Su carácter es propicio á la rebeldia; pero nunca hubiera imaginado pudiese llegar hasta el extremo de recibir tan negra traicion.

«Pobre Cabrera! Mal ha acabado su historia.»

Y así es la verdad, Sr Director: el nombre de Cabrera ha caido en el mas profundo olvido y nadie se acuerda aqui ya de el sino para compadecerle ó despreciarle.

El pais, desde que ha tenido conocimiento de todo, no sabe de qué manera agradecer al Rey el singular servicio que le ha dispensado, pues si la conspiracion no hubiera fracasado, estas provincias hubieran sido victimas del enemigo, que ve siempre en ellas el antemural de todos sus malos designios.

Las autoridades felicitan á S. M. por el tacto y energia con que ha sabido llevar la cuestion Cabrera; el pueblo le bendice y el ejército desea hoy mas que nunca nueva ocasion en que probar al Rey sus sentimientos de lealtad y adhesion inquebrantables.

Puede decirse, por lo tanto, que la cuestion Cabrera no ha sido mas que una ligera peripecia que ha terminado felizmente, para no volver á presentarse.

Suyo.—X.

Elizondo 5 de Marzo.

Sr. Director de «El Cuartel Real».

Muy señor mio: «Cabrera es nuestro enemigo».

Esta afirmacion parecerá á algunos una calumnia, y es, sin embargo, una verdad incontestable, tan clara como la luz del dia.

El seminarista de Tortosa, que á la sombra de nuestros principios adquirió una reputacion europea y un

nombre envidiable, ha faltado á su historia y ha manchado su nombre con la mas fea de las traiciones; esto es, pasándose al campo alfonsino con armas y bagajes.

No me gusta hacer acusaciones vagas, y voy á probar lo que llevo dicho.

Tiempo hacia, como V. sabe, que el nombre de Cabrera sonaba con insistencia en todas partes, sin que Cabrera hubiese hecho su sumision al Rey, lo cual bastaba á los mas cautos para sospechar nada bueno á nuestra causa.

Entre tanto la conspiracion de Cabrera progresaba, é inconscientemente la mayor parte, y maliciosamente algunos, solo sabian hablar de Cabrera, de sus grandes proyectos, del dinero y armamento que consigo traia, y de otra porcion de cosas á propósito para distraer la opinion, mientras los conspiradores y cómplices de aquel tramaban sordamente su inicuo plan.

Algunos celosos servidores del Rey en Bayona hallaron ocasion por último de hacer hablar al mas autorizado de los cómplices de Cabrera, y de él oyeron estas palabras: «El general Cabrera jamás estará con D. Carlos, y nada quiere de él ni con él, y si solo con D. Alfonso, único á quien ofrece su espada y servicios.»

Ya se vé, Sr. Director, que estas palabras no son nada vagas, y si, por el contrario, claras, precisas y terminantes.

El proyecto del general Cabrera era hacerse nombrar general en jefe de nuestro ejército del Norte, y despues de una «buscada derrota», volverse contra su Rey y señor.

Mentira parece que tan infame plan haya sido concebido, ó por lo menos aprobado por un hombre que, sin el partido carlista, jamás hubiera pasado de ser un medio industrial ó un sacerdote adocenado.

La traicion de Cabrera es la mas villana que registra la historia; mas todavia que la de Maroto. Este entregó sus batallones, retirándose luego á llorar su defeccion, mientras que Cabrera pretendia volverlos contra su Rey, ensangrentando este noble pais, que con sus heróicos sacrificios ha formado el ejército mas valeroso de la tierra.

Si el general Cabrera tiene valor para escudriñar su conciencia, debe encontrarla tan horrible, que le cause espanto.

¿Y qué esperaba el antiguo caudillo de la legitimidad en pago de su traicion?

La suerte del conde D. Julian, de Bellido Dolfos y de Maroto; es decir, la reprobacion universal.

¿Y qué motivos podia tener Cabrera para arrojarse á semejantes propósitos?

El partido carlista le honraba y respetaba porque conocia su historia, y no podia ser desagradecido.

Le amaba el Rey igualmente y le consideraba sobre todos los generales, porque conocia los servicios que habia prestado á su augusto abuelo, su valor y sus sacrificios.

Y tanto le amaba el Rey, que aun conociendo que estaba próximo á serle desleal, tendiale cariñosa mano por medio de una carta que vió la luz pública en ese periódico de su digna direccion el día 23 de Julio de 1874, cuya carta demuestra no solamente que el Rey consideraba á Cabrera, sino la prevision y exacto juicio de S. M. acerca del mismo.

Permitame V., Sr. Director, que reproduzca los párrafos de aquella carta, para que sus lectores aprecien en toda su estension lo que llevo dicho.

Dirigiéndose S. M. á uno de sus mas fieles servidores, decia:

«En contestacion á tu última carta te diré que es falso cuanto has oido respecto á la situacion de Cabrera, que es hoy la misma que el día de la Junta de Vevey, y mas falso todavia que Yo haya vuelto á ocuparme de él mas que para lamentar su desgracia y su extravío.»

Mientras no principie por pedirme perdon de su conducta anterior, declarando que se somete á lo que Yo en justicia tenga por conveniente mandarle, no creas nada de lo que se diga sobre el particular; pues Yo, que admito con los brazos abiertos á todos los españoles que de buena fé se acercan á Mí, y deploro no hacer otro tanto con quien, acerbillado á balazos por esta causa, me hice en otro tiempo la ilusion que sería fuerte sosten del Troño legitimo, tengo el deber de mantener muy alto el principio de autoridad y los santos lemas que están escritos en esa gloriosa bandera española que me cabe el honor y la dicha de defender en los campos de batalla.»

Así hablaba S. M. el Rey el día 23 de Julio del año pasado, y vea V. cuán acertado anduvo en sus apreciaciones respecto á Cabrera.

El pais sabe ya á qué atenerse en esta cuestion, y á contar desde hoy, como traidor podrá ser considerado quien se haga cómplice de Cabrera.

No será extraño, por otra parte, que este, viendo descubiertos sus proyectos, procure sincerarse á la faz del partido carlista; pero dudo mucho que sus palabras sean escuchadas por nuestro ejército, y mucho menos por el Rey, que debe á estas horas tener pruebas irrecusables de su delito.

Terminaré, pues, esta carta, Sr. Director, con las mismas palabras que la he comenzado: «Cabrera es nuestro enemigo», y debemos, por consiguiente, hacerle una guerra sin tregua, «porque ha manchado su nombre con la mas fea de las traiciones; esto es, pasándose al campo alfonsino con armas y bagajes.»

Suyo afectísimo.—N.

DESPACHOS TELEGRAFICOS.

Estella 7, á las 2,42 tarde.

El corresponsal al Director de «El Cuartel Real».

S. M., acompañado del ingeniero general Sr. Alemany, visitó ayer los puntos avanzados de nuestra linea, produciendo su presencia en nuestros soldados entusiastas manifestaciones de amor y respeto.

Continúan las presentaciones de soldados del campo enemigo.

Estella 8, á las 8,10 noche.

El corresponsal al Director de «El Cuartel Real».

Gran victoria para las armas Reales en Cataluña. Según comunicacion oficial recibida á esta hora, las ocho y media de la noche, el general Savalls ha destruido

la columna enemiga mandada por Cirlet, entre Bañolas y Gerona: 300 muertos, entre ellos, un brigadier, armas, caballos, monturas, equipajes de oficiales, y muchos prisioneros: todo ha quedado en poder del general Savalls.

Estella 8, á las 9,32 noche.

El corresponsal al Director de «El Cuartel Real».

Esta mañana el enemigo ha hecho por espacio de dos horas un nutridísimo fuego de fusilería y muchos disparos de cañon sobre algunas de nuestras partidas volantes. Reforzadas estas, y dado el toque de á la bayoneta, el enemigo huyó á la de-bandada sobre el monte de San Cristóbal.

S. M. ha salido á las posiciones, seguido de un numeroso estado mayor, volviendo al anochecer entre repetidas y entusiastas aclamaciones.

SECCION DE NOTICIAS.

De las treinta y dos compañías que formaban los dos regimientos de Asturias y Valencia derrotados en Lácar, solo han quedado restos para formar ocho, que van á mandarse á Cuba. De suerte que sin contar las pérdidas de León y de otro regimiento, solo de aquellos perdieron tres batallones.

Las medallas de plata y bronce pertenecientes á la real y distinguida orden de Carlos VII, se hallan á la venta en Bayona, en donde pronto estarán tambien las de Vizcaya.

Despues de haber pasado dos dias en esta villa su alteza real el conde de Caserta, marchó ayer hacia Orio, así que supo que se habia roto el fuego hacia aquella parte.

Cuando la prensa liberal habla de estar ya en negociaciones un cange general de prisioneros que debia verificarse dentro de breve plazo, nos sorprende la siguiente noticia que publica «La Correspondencia de España», órgano oficioso del titulado gobierno de Madrid:

«El Bien Público» de Mahon dice que el día 24 debian ser embarcados en la fortaleza de la Mola, á bordo del vapor correo «Mahonés», que debe pararse en aquel puerto, 67 prisioneros carlistas destinados al depósito de voluntarios de Cuba.»

¿Con que derecho se destinan á Cuba prisioneros de guerra que están pendientes de cange? Y si ese gobierno de D. Alfonso, faltando á todas las prácticas admitidas y á la reciprocidad debida, abusa de una manera lamentable de nuestra generosidad y buena fé, es necesario, es indispensable que nosotros le hagamos conocer nuestro derecho, pues no nos es licito permitir por debilidad, incuria ó falta de actividad que esos 67 bravos voluntarios vayan á morir en el insalubre clima de Cuba, condenados á los malos tratamientos á que inhumanamente se sujeta allí á los de su procedencia, mientras nosotros entregamos los prisioneros suyos que existen en nuestro poder.

A este propósito creemos oportuno recordar lo ocurrido con el batallon cazadores de Segorbe, hecho prisionero en Portugaete. Se le puso en libertad, debiendo el gobierno de Madrid entregarnos un número igual de prisioneros nuestros, ya de la Peninsula ó de Ultramar. Aun no estaban en nuestro poder los cangeados, y ya el batallon de Segorbe se bacia en San Pedro Manrique, cogiendonos algunos prisioneros, que por cierto fueron tratados con una ferocidad indigna de hombres civilizados.

En cambio, de Cuba solo vinieron algunos infelices que, enfermos ó inutilizados en la campaña, no podian servir mas que para ir á acabar sus dias en un hospital. Los sanos y útiles allí continúan, á pesar de repetidas reclamaciones.

Lo entonces sucedido debe hacernos cautos para en adelante, que de algo ha de servir la experiencia.

La prensa liberal da cuenta de haber sido atacada la estacion de Castellon de la Plana por una pequeña fuerza legitimista, que se retiró despues. Desde luego se comprende que este ataque no tuvo mas objeto que llamar la atencion por aquel punto, mientras la brigada Cueca recorria los pueblitos inmediatos cobrando las contribuciones.

El diario conservador «La Epoca» aparenta gran indignacion al hacerse cargo de la noticia falsa de que los carlistas y republicanos quieren adunar sus esfuerzos para combatir á D. Alfonso, y con una impudencia de que solo dicho periódico es capaz, exclama:

«No sería la primera vez que anduvieran juntos carlistas y republicanos; pero el hecho revelaria una inmoralidad tan grande, que nos resistimos á creerlo.»

¿Y se atreven á hablar de inmoralidad los hombres que están haciendo sufrir al que llaman su rey, la vergonzosa humillacion de tener por ministro al que en un documento célebre proclamó la deshonra de la madre?

Condenar consorcios mas ó menos censurables los que están dando al mundo como espectáculo el contubernio mas cynico y escandaloso que vieron los siglos, es el colmo de la demencia.

Recuerde «La Epoca» el texto de la proclama de Cádiz; contemple á Ayala despachando con D. Alfonso, y luego levante los ojos para mirarnos frente á frente, si á tanto se atreve.

Los liberales de Castellon han solicitado y obtenido del gobierno que sean expulsados de la ciudad y de la provincia los carlistas presentados y que allí residen.

Un partidario que, fiándose del indulto, se presentó en Valencia, ha sido encarcelado y sumariado como ladrón, por haber sacado raciones en un pueblo por orden de sus jefes.

Ambas noticias las encontramos en un diario liberal.

«La Epoca» declara al fin que no es cierto que al cónsul de Bayona se hayan presentado oficiales carlistas y de él recibieran auxilios, como antes habia asegurado.

Por el estilo son otras muchas falsedades que publica, pero no todas son, como esta, rectificadas.

El ejército enemigo se está disolviendo.

No pasa dia sin que soldados procedentes de aquel se presenten en nuestras filas con ánimo resuelto de defender al Rey, á quien poco á poco van conociendo, porque la verdad se abre paso tarde ó temprano.

Recientemente se han presentado un comandante y diez y siete soldados de infantería, los cuales hacen la mas triste pintura del estado en que se encuentran las fuerzas enemigas. Segun ellos, allí se murmura públicamente de la cobardía é ineptitud de D. Alfonso, así como de la incapacidad, rivalidades y envidias de los generales. Las enfermedades hacen, por otra parte, profunda mella en aquellas filas, de las cuales salen diariamente ininidad de enfermos graves que en su mayor parte sucumben en los hospitales por falta de buena asistencia.

Aseguran tambien que á ellos seguirán muchos, á pesar de la gran vigilancia que los oficiales ejercen cerca de sus compañías, lo cual no impide decir á estos que si D. Carlos dispusiese de fondos bastantes para pagarles en la misma proporcion que lo hace el gobierno de Madrid, centenares de ellos se pondrian al servicio de la bandera carlista.

Con motivo de haber sido nombrado primer jefe de la escolta de Guardias á caballo de S. M. el excelentísimo Sr. Marqués de Vallecerrato, teniente coronel de caballería, el comandante Sr. La Cruz, que incidentalmente mandaba aquel Real cuerpo, dió á sus subordinados la siguiente orden del día:

Orden del cuerpo del 28 de Febrero de 1875, en Estella.

«Por Real orden de 26 del corriente, S. M. el Rey nuestro señor (Q. D. G.) se ha dignado nombrar primer jefe de este Real cuerpo al Excmo. Sr. Teniente coronel, D. Manuel Fernandez Villavicencio, marqués de Vallecerrato. En su virtud, ceso desde este dia en mi accidental mando, quedando como antes de comandante capitán del cuerpo.»

«Al comunicar esta soberana resolucion, cumplo á mi deber manifestar á todos los señores oficiales, clases y demas individuos del cuerpo, mi satisfaccion suma por el excelente comportamiento que han observado durante los tres meses de mi mando. Ni la mas pequeña queja, ni el mas leve disgusto ha habido por parte de nadie; antes al contrario; por todos lados he escuchado con orgullo los merecidos elogios que, así los militares como los paisanos, han prodigado al Real cuerpo de Guardias.»

«Bien habeis comprendido los deberes del militar cristiano; y, por eso, no solamente os habeis conducido como caballeros en el puesto de honor que ocupais cerca de S. M., sino que os portásteis como valientes cuando en los campos de Lácar recibisteis el bautismo de fuego.»

«Yo, que he admirado vuestra noble conducta y aprecié en lo que vale vuestro valor al conducirlos al combate, quiero, al despedirme de vosotros como jefe, daros este testimonio de mi aprecio y consideracion.»

«Nuestro nuevo jefe, ilustrado oficial del arma, que lleva mas de dos años de campaña en este ejército del Norte, viene, por sus relevantes cualidades, á aumentar el brillo del cuerpo; es, en fin, un jefe digno de vosotros.»

«Así, pues, espero que le obedecereis y le amareis como á vuestro jefe, que nunca es mas dulce la obediencia que cuando se ama á la persona que manda.»

«De este modo, y procurando todos con hasta aquí cumplir fielmente nuestros deberes, serem s unos soldados dignos de la santa causa que defendemos.»

«Así lo espera de vosotros vuestro comandante capitán,—Manuel de la Cruz.»

Esta orden produjo excelente efecto en los Guardias á caballo, y tambien sabemos que el nombramiento del marqués de Vallecerrato ha sido recibido con entusiasmo por los mismos. Este jóven jefe, que tiene en nuestro ejército una bien sentada reputacion de entendido y bizarro, tomó posesion de su cargo el día 1.º del corriente, y enseguida arengó elocuentemente á sus subordinados, encareciéndoles las ventajas de la disciplina y subordinacion, base esencial de todos los ejércitos pundonorosos y dignos.

En la noche del mismo dia obsequió á sus oficiales y comisiones de clases y cadetes con una succulenta cena, al final de la cual hubo entusiastas brindis á la Religion católica, á la Patria y al Rey, abundando tambien las improvisaciones chispeantes de gracejo y agudeza.

Además de los jefes, oficiales y caballeros cadetes; disfrutaron de aquella cena tres oficiales de órdenes de S. M., compañeros del nuevo jefe del Real cuerpo de Guardias, asistiendo tambien el capellan y médico del mismo.

Poco antes de terminar la fiesta recibieron la honrosa visita de S. A. R. el Duque de Parma, á quien el marqués de Vallecerrato dedicó un brindis entusiasta.

«A las diez y media se retiraron todos á sus alojamientos, á cuya hora se retiró tambien la charanga del batallon de Guias, que durante la cena estuvo tocando alegres piezas de música.»

Se ha dicho en la frontera que el general Tristany habia descubierto ciertos manejos culpables en un brigadier de sus fuerzas, que parece se hallaba en complicidad con cierto famoso personaje para trabajar en favor del enemigo. Se añade que el oficial en cuestion, cuyo nombre se citaba, ha sido fusilado.

No aseguramos el hecho; pero es indudable que se habla mucho de la extraña actitud del personaje aludido, á quien nuestros enemigos los revolucionarios no escasean los elogios, aunque en otra época fué objeto especial de sus mas terribles censuras.

Dice con gracia el corresponsal que tiene en Oteiza el periódico francés republicano el «Temps», que cuando coge en la mano los periódicos de Madrid se hace cruces, al ver qué cosas se inventan sobre victorias liberales y derrotas carlistas. Añade que los carlistas le inspiran lástima cuando lee; pero cuando no lee, solo le inspiran una grandísima admiracion, porque son capaces de permanecer unidos é invencibles contra esa avalancha de calumnias y falsedades que les disparan sus enemigos.